

# EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

PERIÓDICO SEMANÁL DE BELLAS LETRAS.

## PRECIOS DE SUSCRICION.

PARA ESPAÑA.	PARA EL EXTRANJERO.	PARA AMÉRICA.	PARA FILIPINAS.
Tres meses. . . . . 10 rs.	Tres meses. . . . . 24 rs.	Tres meses. . . . . 30 rs.	Tres meses. . . . . 40 rs.
Seis meses. . . . . 18	Seis meses. . . . . 40	Seis meses. . . . . 50	Seis meses. . . . . 64
Un año. . . . . 28	Un año. . . . . 76	Un año. . . . . 90	Un año. . . . . 112

NÚM. 4.

Domingo 22 de Marzo de 1868.

UN REAL.

### SECCION I.<sup>a</sup>

EL INGENIOSO HIDALGO

## D. QUIJOTE DE LA MANCHA.

TERCERA PARTE.

### CAPÍTULO II.

—Ésto, prosiguió diciendo el viejo Atapuerca, sin tomar en cuenta no pocas mamonas, pelizcos y alfilerazos, que les suelen llegar de allá del mundo, y son ocasioncillas de malos ratos.

— ¡Bendito sea el Señor! exclamó Sancho.

— Y, ¿por qué esa exclamacion? preguntó Don Quijote.

— Porque són esos señores génios, dijo Sancho, de lo mas inocente que se habrá visto. ¿Ni quién pudo conocer niños más cándidos que esos sublimes génios de la tierra? Digo que tienen él mejor que se ha conocido, y que á ser ellos mugeres, no tuvieran precio. Y, ¿cuál és su recurso y su defensa? ¿y cuál és su valor, esperanza y mérito?

— En este instante el Señor Atapuerca echó la mano á un troféo que en la pared formado estaba, y tomó de él una espada y un fusilazo. Don Quijote, que tál vió, empuñó la lanza; pero hubo de detenerse prontamente con estas dulces palabras de su escudero.

— Estése quieto su merced, y téngase en calma, y haga caso de mí, que no me espanto, y se cuidar de mí como el primero.

— ¿Qué notaste, Sancho el prudente? dijo Don Quijote, hablándole al oído al escudero.

— Esas armas, contestó quedito Sancho, son las del guerrero Bernardo y el combatiente Ambrósio, con lo que déjo dicho ya bastante, y no han de hacernos daño, aunque quisiéran. Y este armamento diéra yó á las huéstes humanas, y á todos los andantes caballeros.

— Lúmbre volvióse el rostro de Don Quijote al oír al pacífico Sancho cosas tales: mas, como en-aquel momento se transparentase el fondo, todo entero, de la gruta, y apareciese el léjos iluminado por una tivia luz, como de luna, que dáronse criádo y señor estupefactos. Entónces comenzó á pasar, así como en sueño, una larga procesion de blancas figuras, cubiertas con lijeros, diáfanos velos. Y dijo Atapuerca.

— Aquel grupo de héroes, que ahora aparece, es él de los siete sábios de la Grécia, y aquél que vá adelante es el sábio Licurgo, inventor de la igualdad de todas las gentes. Por éso véis que lleva una sierra en la una mano, y en la ótra prevenidas las tijeras, con los cuales adminiculos corta y talla las figuras y facultades, así morales como intelectuales y físicas de los hombres, por el patrón, por supuesto, del mas chiquito, porque no puede ser la igualdad de otra manera.

— Pues, digo, exclamó Sancho, que es el señor Licurgo un sábio que lo entiende, y que hace grande honor á su familia. De hoy más podré decir, que hé visto por mis propios ojos al padre, y muy señor mio, de los esquiladores. Y, tambien digo, que debe comenzar por esquilarse él mismo los dedos con que lleva las tijeras, y áun los brazos, pues no son iguales, no menos que los pies y las costillas. Y, ¿cómo ha logrado, señor Carapuerca, éste tal aserrador de todos los diablos llegar á génio? Porque le tiene él más malo que se habrá visto.

— Pues ahí veréis lo que son las cosas, señor Don Sancho. Y aún tiene muchos discipulos por el mundo, no sé porque motivos particulares.

— Me hago el cargo, dijo Sancho, y véo que se os entró aquí mucha morralla. Y, ¿quién és aquel otro señor portador de aquella vasija?

— Ese és el gran Platon, contestó Atapuerca,



que se vá á paséo, que es la condicion principal con que aquí ha venido. Ese señor es el inventor de la utópia; ó, mas claro, del sainete de la radical política. Y para que no nos vuelva otra vez con tales genialidades tiene que llevar perpetuamente su libro sobre un gran pláto con entrambas manos, y su utópia acuéstas, que es toda una insula; por lo que observaréis que está muy cargado.

— ¡Qué me pláce! dijo Sancho; que á todos estos señores no hay como jorobarlos con sus desatinos, pues mas vále que los lleven ellos que no nosotros. Y no me digan á mí lo que son insulas, que sé de ellas más que el señor Platon, por propia experiencia, y sé que sólo son buenas para los Pedros Récios que tratan de conservar al género humano.

— Aquél, prosiguió Atapuerca, que pása ahora, es el muy celebrado señor Cáco.

— ¡Cuerpo de mi padre! dijo Sancho; y qué nombre tendría, á no ser varon, ese caballero? Pero, ¿y ésa turba alborotada que le vá siguiendo?

— Son los comunistas, sus hijos, dijo el viejo.

— ¡Púff! dijo Sancho; por fuerza habia de sér de esa manera; que tal gente corresponde á tal maéstro, y á todos por el olor se les conoce. Y, ¡váya que ésto es toda una porqueria! Pero, ¿cómo aquí unos génios tan revesados?

— Por el afán, dijo Atapuerca, de la novedad y de la codicia, que tiene mucho influjo allá en el mundo. Éstos llaman justicia dar lo mismo á todos, en vez de dar á cada cuál lo que le pertenece. Y que ésto es novedad no tiene duda.

— Yá me sé yó, dijo Sancho, lo mucho que los señores hombres tienen de chicos, y el provecho que de éso sacarse puede: pero, ¿y aquél que vá por allá parágüas en mano?

— Es el filósofo Táles de Mileto, que dió por principio del mundo el águá clara, así como otros dieron otras cosas no tan limpias.

— Pues ése, contestó Sancho, nos echó un jarro de águá, y puede bañarse en élla, despues de bien rosada. Y veo yó, que no viviendo de nubes arriba fácil es fundarlo todo sobre el águá.

— Todo éso es la verdad, replicó Atapuerca; mas, páre su merced miéntes en el señor Pitágoras, que es aquél, cási postrero, de la caminata, padre de la muy griéga filosofía, que tratan hoy de volver al actual mundo. Ese sábio hacia pasar las álmás de unos cuerpos á otros, lo mismo que los huéspedes por diversas casas; y él contaba á sus discípulos queridos como el alma suya habia sido áve, pescado, escuérzo y no sé que otros sápos, ántes de llegar á su persona; lo cual dicen los griegos *«metempsicosis»*.

— Meterse en todas las cosas, dijo Sancho,

sin encomendarse á Dios, pero sí al diablo. Y, si á ésto van á dar los señores filósofos, digo que nunca salga yó de mostrenco, que es como no salirme jamás de juicio. Y dígame por su salud el señor Carapuerca, y así nos veámos todos en el Cielo, y nó entre estos señores procesionados: ¿no está aquí, por ventura, mi Teresa Panza, que por génio sé que le debió tener de los más pintiparados?

— No está, ni puede estar, respondió Atapuerca, que lo estorba plenamente su apellido.

Y hago saber á su merced, por si lo ignora, que éstos que se inmortalizaron, malos ó buenos, aún valen mucho más que los pancistas, género, sobre todos, despreciable. Errar, buscando lo cierto, es error magnánimo; y sólo es grandísimo delincuente él que habiendo la verdad toda á la mano, emigra desde élla al paganismo.

— ¡Miren el insolenton! exclamó Sancho. Pues sépa, él muy bellaco, que son tan buenos los Panzas, como el más..... y aún..... y no digo otra cosa porque no me antoja ahora, y punto redondo.

— Y, finalmente, véa su merced, continuó impasible Atapuerca, que es lo mejor de todo, aquella gran tórba de gentes, en la mas graciosa ocupacion que se habrá visto, que es la de no moverse aunque les máten. Mírelos el señor Sancho sobre aquella gran bola, que és, porque no haya dudas, este mundo. Y como el mundo ánda, y mucho, mal que les pése, por ser ley natural el movimiento; al verse él sol caer al dar la vuelta, van andando hácia atrás, que es récia cosa, y oficio extravagante de cangrejo.

— ¡Pues es que, aún hácia atrás, ándan al cabo! dijo naturalmente el bueno de Sancho.

— ¿Pues no han de andar? dijo el viejo; pero es mala andanza, y, lo peór de todo, sin provecho.

— Así ví yó muchas veces, dijo Sancho, que toman al revés muchos las cosas, ó yá por terquedad ó por ignorancia.

— Don Quijote, que lo mismo que estátua de mármol, lo habia observado todo en profundo silencio, dijo en este momento en tono grave.

— Antójaseme, señor anciano, que hay entre héroes quiénes no se contentan con lavacarás.

— Áilos sin duda, dijo resueltamente él de las bárbas.

— Con lo que discurro, deduzco é imagino que el inmortal recinto de Atapuerca (continuó Don Quijote), há de tener diversos escaparates segun los merecimientos de los en él acaparados.

— Y que discurre brávemente su merced no tiene disputa. Los génios me ocuparon so-

lamente: mas allá, en donde su merced estuvo, están los héroes.....

— Y mas allá los andantes caballeros, añadió socráticamente Don Quijote.

— De contado, y sin faltar punto ni coma.

— Entónces estarán con el Padre Padilla, dijo Sancho; que es él que se fué mas allá de todos los hombres.

— Es própia de villanos la osadía, dijo Don Quijote: y dispense estas demasías el señor Atapuerca, que acostumbra á entreverar este mi escudero.

— Y yá en este instante se encontraron caballero y escudero en un pequeño lóbrego recinto alumbrado por la luz de una lámpara de barro, que asida á la roca del techo trémula pendia. Aquella luz es permanente por sí sola, tomando de la atmósfera la vida que necesita; y en tanto que háya ambiente ha de arder por sí sola inestinguible.

— Una mesa de roca en el céntrico se observaba, sobre la cuál habia á la sazón frutos silvestres, y una ánfora como etrusca, que contenia un líquido aún más que el agua pura cristalino. Las rúdas y sólidas paredes revestia el prodigioso terciopelo de los musgos de la Islándia, y tal cual liquen ceniciento moteaba la alfombra, que envidiarán los tronos opulentos de la opulenta Asia madre y réina.

Sancho se hacia ojos por todas partes y el Ingenioso Hidalgo admiraciones, y estaban entrambos fuera de sí: mas como es sabida cosa, que si lás dejan á su arbitrio, ántes han de atreverse á toda la osadía y la ignorancia que la sabiduría y la prudéncia, Sancho fué el primero en hablar, y lo hizo de este modo.

— Señor Carapuerca, ó como séa de decir, que yó no lo entiendo; yó leí en los tiempos de mi vida primera; digo, oí leér, porque yó no sé de letras; si es que ahora estoy vivo, y ésto es vida, ó lo que séa; pues que estoy todo confundido, y no sé lo que me digo; y lo que queria decir ya se me há olvidado; porque, como dijo el ótro, tal me verás que no me conocerás; y tiempo para ver, y ojo para ver tiempo; y si sé, ó si no sé con el tiempo te lo lo diré; y de sábios es callar y de tontos pregonar.....

— Con éso último, y sólo, que observáras, interrumpió Don Quijote, tendria yo bastante, y cumpliéras como debes, y no cual sueles. Y fuiste ahora como muchos, que todo aquéllo dicen que no hace al caso, y nada de lo que al caso bien venia. Mandárate, pues, callar por mentecato y eterno devorador de toda paciencia; mas, pues que principiáste, continúa, no sea que te indigestes, á condicion de no desviarte de tu propósito. Bien se me alcanza, Sancho, que este tan difícil como importante

encargo, no han de cumplir, cual deben, los más sábios autores; pero ésto no óbsta para que tú lo hagas, que de rústicos vinieron siempre las grandes cosas. Y todo consiste en ser la verdad corta y sencilla y todo este mundo humano vana glória y plumage de la rueda del pavo del amor própio.

— Bien está ese pavo, y gustóme, dijo Sancho: pero no lo de indigesto y devorador; ántes bien, quisiera ser ésto y nada tengo de aquéllo, por no haber comido cosa alguna hace tres siglos; en lo cual tambien su merced salió del propósito y anduvo descaminado en su camino.

— Adelante, Sancho, adelante, y véte al asunto, que tú no sabes entender lo que son metáforas.

— Del ánfora, dijo Sancho, queria hablar precisamente, que tengo sed que me máta; y ésos, que me parecen cabrahigos, están en punto y sazón y diciendo «comédme»; y el señor Carapuerca es razonable y generosa persona; que quién por comer no se máta lo demás es patarata; y tripas llevan piés, y no al contrario; y tiempo hay en que entender, pero ántes es comer.

— Y, diciendo y haciendo y lamentándose de la ligereza del alimento comenzó á mascar á dos carrillos con formidable priésa; mas no hizo de tal suerte el caballero, sinó que dijo:

— En ésto dan siempre, y han de dar, por fuerza, los placeres de villanos, y lós de todos los séres adocenados: y aún me atreviera á decir, que no hay definicion del hombre como su templanza, ó destemplanza, por la gran enemistad constante del viétre y la cabeza: y así los mas preclaros andantes caballeros de yerbas, y aún pocas, de los montes y valles se alimentaron, como los mas austéros penitentes. Y eran sus votos mas solemnes, que veces mil escucharon los montes, prados y ríos, «non yantar pan á manteles, nin jamás folgar», con otras circunstancias adminículas.

¡Gracias os sean dadas, óh poderosos Cielos, por haber abierto los ojos de mi entendimiento hasta abrazar esta profesion rúda y excelsa, desde cuya cúspide sagrada acierto á ver mi pasado con noble orgullo, mi hoy con tal valor incontrastable, mi mañana bañado en la risueña luz de la esperanza!

Yó, señor Atapuerca, soy el destinado, por la suerte y decreto de los ciélos, á podar el gran árbol de este mundo de toda rama muerta ó infructífera; y á dirigir despues las productoras á fin de conseguir ópimo fruto. Yó he de restablecer el equilibrio, el seguro nivel de la balanza, en que torpe, á escondidas, la astuta liviandád pone la mano. Yó llevaré la paz á la cabeza como á los corazones de los hombres. Y alegría daré á la primavera, fruto sano al

otoño, al invierno solemne poesía, y brisas refrescantes á las doradas tardes del otoño. Yó devolveré la amable sonrisa al marchitado joven, y al anciano daré firme consuelo; y su geometría al pensamiento, que dicen la prudencia; pues es todo saber poner los límites, mas allá de los cuales no hay justicia, y la felicidad es imposible. Yó daré á la virtud su hermosa auréola, y mostraré cuan fútiles y nécias son la ambicion y sórdida codicia.

Yó contaré como la felicidad encantadora habita los campos paternales con preferéncia al lújo de las córtes; como es más agradable el balido de la oveja que la orquesta de la orgía; como las limpias galas naturales son más fáciles, bellas y sencillas, que las que finge en vano la vanidad costosa é impotente:

— Y puésto en pié el caballero, espada en mano, y ciego de corage, vino á acabar así.

— Y como por todo ésto, y mucho más que cällo y bien entiendo, há sido, és y será siémpre precisa, y noble sobre todas profesiones, la andante, eternal caballería, enderezadora de entuértos, desfacedora de agrávios, defensora de huérfanos, amparadora de viudas y doncellas, terror de mal fechores y malandrines, follones y rufianes endemoniados.

— Atento, admirado, embebecido, con toda la boca abierta, y sin pestañar estuvo Sancho escuchando la plática de su ámo: acabada la cuál, se levantó y dijo ál de las bárbas:

— Aquí tiene vuesa profundidad y senectúd, señor Carapuerca, á este mi ámo, que es el más hondo teólogo y el más intrincado Merlin que se habrá conocido, y habrá visto su merced en toda su vida. Y sinó, váyan tomando el púlso úna á úna á cuantas razones ha dicho, que de tan áltas no he alcanzado ninguna, como sucede con los más que hablan ó escriben. Mas, apesar de éso, y de no entender yó siquiera una tilde, todavía se me advierte que ha sido el discurso sapientísimo, pues siémpre ví alabar cuanto no se comprende, á condicion que lleve grande boáto. ¡Cuerpo de tál! ¡y qué palabronas, y dichos y comparanzas! ¡pesiá mí si el mismísimo cura de mi aldéa hizo jamás cosa de tal provecho!

— Yá es viejo en mí, respondió el anciano, el conocimiento de las elevadas y raras prendas del invicto Caballero de la Triste Figura: y así, dejando lo tan sabido, por ahora, será bueno terminar mi comenzado discurso.

— Hizo una gran reverencia Don Quijote, y continuó el viejo Atapuerca.

— Decia, señores míos, que vine de la nada al sér con la montaña, cuyo profundo vientre ahora habitamos; y ha de seguir la história de mi vida en tanto que aquella duráre sobre la tierra. Y es de saber, que ántes de aquel es-

pantable acontecimiento del universal Dilúvio era esta vasta región espesa selva, llena de enebros, róbles y encinares: mas, tronó la justicia de Dios sobre la tierra, y las óndas inquietas de los mares, extralimitando las márgenes prescritas, y juntas con los torrentes del túrbio Cielo, sorbiéronse este mundo, y este triste contorno dió á los vientos tristísimos quejidos.

Era este país de dócil tierra, cubierta con la móle del peñasco, que enorme se extendía á una profundidad incalculable: y la gran pesadumbre de las rócas, no menos que las inquietas águas, hundieron los terrenos, separándoles de la espalda del peñasco, roto por unas partes, por ótras en sus pilares sustentado: y entre la tierra que se hundió liviána, y la róca robusta, esta fáuce quedó, vedada siémpre á la parte mayor de los mortales.

Desde entónces estático retumbar escuché por estos ántros el éco tumultuóso de los sucesos todos de la tierra. Yó he oído la voz del fiéro Thársis, la del agreste Tubal, que, viniendo del Ásia, dieron de su país el bello nombre á ésta benigna Iberia. Osiris, ó el Egipto, vino despues aquí con sus colónias contra aquellos geriones, que es así cual decir «gente extranjera,» que asolaban la España con su salvaje vida abominable: y el indomable Horo, Hércules de la Libia, el siémpre invicto, la grán sabiduría, dos columnas fundó sobre el Estrecho, que de Gádes hoy dicen, en memoria inmortal de sus hazañas. Los ricos argonáutas, los de la Grécia inteligentes hijos, los de la infiel Fenicia dominaron despues el pátrio suelo, por las traiciones nó, por el encanto de su industrioso lújo, de sus mercaderías anheladas. Yó soporté las huellas del fenicio, del griégo intelectual, y del romano las ostentosas haces, señoras cruéles del doliente mundo.

Pues el language bárbaro del godo y del alano ayer se oía aquí distintamente. Yó he escuchado los roncós atambores y añafiles del sensual agareno, y otros agrestes sónes de su moruna y mórbida armonía. El nombre de Pelayo ha hecho retemblar estas concavidades de glória y de alegría, como temblaron de espanto cuándo aquella ciudad, ¡ciudad eterna! rompiendo sus cimiéptos terrenales, hundióse en el abismo por sus nefandos crímenes y excesos.

Así, en una palabra; la quietúd de los siglos principiantes, el gólpe, más que eléctrico, del admirable Pedro, el eremita, el mundo de Colon, el misterióso silvido del vapor, el pensamiento, que conduce el imán de polo á polo, podrán aquí contaros cualesquiera modestas piedrezuelas de este estático y lóbrego recinto, que victoriosamente desafian á los ricos impérios y pretendidos triúfos de los hombres. Eso, pues,

que vosotros llamáis vida, es apenas un átomo del infinito hilo de los tiempos; ni soís más hazañosos que las miserables obras de la hormiga, que destruye en un punto la distraída planta del viajero.

— Eso será, exclamó Don Quijote, más que medianamente montado en cólera, siempre que no se trate de andantes caballeros, señor Atapuerca, pues, sobrado se os alcanza, que sobre ellos la muerte nunca pudo lograr algún imperio. Y sobre la facilidad con que siempre pudieron trasportarse de un cabo á otro del mundo, y á los inmensos senos de la atmósfera, de la tierra y las aguas y á la región del sol y las estrellas, aún les quedó el arbitrio de convertirse en rócas y en endriagos, en dragones de fuego, en grifos y otros seres semejantes. Y, yá no digo más, que bien me entienden.

— Es así la puntual verdad, contestó el anciano: que para la ley, poder, valía y trazas de los bravos andantes caballeros es tanto esta caverna como una higa, y todas sus maravillas niñería.

— Una vez restablecida la verdad sobre este interesante y grave punto, dijo Don Quijote, bien podeis proseguir como gustáredes.

— Y, diréisme, señor Carapuerca, interrumpió Sancho, si está también aquí, por ventura, encantada la señora Dulcinéa del Toboso?

— No hay tobosa ninguna en este lugar, señor deslenguado, ni dulce ni amarga, gritó Atapuerca; que aquí todos son limpios y relimpios, y muy limpiados.

— Y vós soís un gran bellacón y un Don Sin Crianza, exclamó como una furia Don Quijote, y éso os haré yó ver aquí ahora mismo, pésta los encantadores de todo el mundo, y la proveyta fama atapuerquina, que élla es la puerca y súcia del demonio.

— Y diciendo y haciendo, asió de su lanzón el Caballero y arremetió al anciano á la carrera. El cual anciano dió un gólpe de mano á una de las paredes de la gruta, que se vino al suelo toda con espantoso, horrible y largo estruendo. Y en el mismo instante un impetuoso viento salió de la caverna, al recibir, no mas, la luz del día. Y con aquel poder del fiero viento salieron á este mundo rúcios, caballos, caballeros, escuderos y bachilleres, así cual disparados por cañon cargado á metralla.

Y como se encontraron yá en la tierra de la montaña comenzaron á rodar la cuesta abajo, Sancho especialmente, que por ser redondo y rechoncho, se prestaba mejor al movimiento; con lo que no paró hasta el valle bajo y en el blando algodón de un pomposo espino.

Apenas llegó la luz al misterioso recinto, comenzó á blanqueár la figura del anciano,

como fantasma aérea, y luego desapareció completamente. Yó, el Bachiller Avellanado, llegué á despertar del asómbro merced al agua de un fresco arroyo, que blandamente me recogió en su seno. Volví la vista al monte y vile todo desplomarse á la vez sobre la gruta; por donde conocí cuanto es lo que cuesta lograr volver al mundo á un hombre solo. Y me dirijí penosamente á la muy leal Ciudad de Burgos, bien cercana, en donde escrita fué la siguiente historia con los ecos incesantes de la fama del invicto Caballero.

*Al número siguiente.*

SECCION 2.<sup>a</sup>

ROMANCES ESPAÑOLES.

SÁNCHO EL FUÉRTE DE NAVARRA.

I.

Justicia clara.

Mil ciento noventa y cuatro  
Cruels años de batallas  
Contaba la era de Cristo,  
Cuando el Reino de Navarra  
Don Sancho séptimo, el Fuerte,  
Sábiamente gobernaba.  
Alfonso octavo en Castilla,  
El noveno en Leon mandan,  
Pedro primero el católico  
El Aragon adelanta,  
Y más que contra los moros  
Entre sí luchan y trazan,  
Que en celos siempre los hombres  
Se consumen y malgastan.  
Llaman á Don Sancho el séptimo  
El Retraído; y las fábulas  
Que dél la gente ha inventado  
Son tan diversas y extrañas,  
Que bien el buen Rey merece  
Que le hagan justicia llana,  
Fuera de tanta conseja  
Que su limpio nombre mancha.  
Navarra entre muchos héroes  
Este más conserva y güarda  
Con orgullo en los anales  
Y los timbres de su casa;  
Que no es cobarde el que cae  
Cuando noble se levanta  
Y vencedor de sí mismo  
En las empresas más árduas  
En pié con corona y cetro  
Mira al tiempo cara á cara.

Por algo lleva de «el Fuerte»  
El justo renombre y fama  
Aun antes de los laureles  
Que consiguió allá en Las Navas,  
Pues la historia nunca en vano  
Ha gastado sus palabras;  
Mas, como se ignora tanto  
De tal renombre la causa,  
Contarla quise en romance  
Y así popularizarla,  
Por ser un insigne asunto,  
Y ser cosa de Navarra,  
País de esforzada gente,  
En los vergeles criada  
Que el rico caudal del Ebro  
Con limpia corriente baña.

Allí los rigores nunca  
Del cruel invierno maltratan  
Las vides que el tallo tejen

Del rico olivo en las ramas;  
Y en la siémpre verde alfombra  
De los campos y montañas,  
Siémpre claro el sol radiante,  
La ficción jamás se gasta,  
Que adulador no ha nacido  
El que nació en la abundancia.  
Allí la envidia no encuentra  
Dó cebar su diénte osada,  
Que pródigo el Cielo envía  
A tan risueñas comarcas  
Mucho más que lo que exige  
La necesidad humana.

Don Sáncho el Fuerte, nacido  
Para espejo de su pátria,  
Séa siempre él de sus hijos,  
Que país de tanta gala,  
Si grandes males evita  
Pasiones grandes levanta,  
Y no es asunto tan llano  
Tener pasiones á raya,  
En lo cual el Rey Don Sáncho  
Tanto y tanto se señala.

## II.

### Donde está el misterio.

A otro lado del Estrecho  
De Gibraltar, de esa plaza,  
Que siendo española toda  
Con otro color señalan,  
Y temo que séa el rojo,  
Los autores de los mapas,  
Levántase de los mares  
En la monótona sábana  
Ceniciento un continente  
Que no se parece en nada  
Del mundo á las otras partes  
Que leyes comunes guardan.

País sin valles ni ríos,  
Ni leyes, ni pueblos, áulas,  
Ni pasado ni presente,  
Y casi sin esperanza,  
Es excepcion de este mundo  
El vasto confin del África  
Del Koran sensual y pobre  
Hoja infiel descabalada.

Al posar el pié medroso  
En esas arenas blancas,  
Cuyo principio se ignora,  
Ni se sabe donde acaban,  
Su luz hasta el sol varía,  
La vista también se cambia,  
Y el europeo, que llega  
Con el génio de su pátria,  
Comienza por sorprenderse,  
Languidece en cuanto para  
Su atencion; luego impotente  
Se reconoce y declara  
Delante de tanto obstáculo  
Que todo progreso mata.  
Y así region tan inmensa  
Permanece toda bárbara  
Para escándalo del orbe  
Y la altiva raza humana.

En un tiempo, cierto dia  
Viéronse venir del Asia  
Legiones que á sangre y fuego  
Todo junto lo llevaban;  
Y en un punto atravesando  
Las grises cúmbres del Atlas,  
Repartieron el terreno  
A su antojo, y la espantada  
Gente africana no tuvo  
Valor para empresa tanta  
Como era guardar ilesas  
Su independéncia y su pátria.

Sometióse, pues, la misera  
Al yugo de aquella espada

De los árabes y túrcos,  
Ambas familias mezcladas  
Bajo el cétro de Mahoma,  
De nuestra era cristiana  
Comenzando el siglo séptimo  
De memoria bien infáusta.

Los árabes, tan sensuales  
Como fueron, conservaban  
Del sagrado pueblo hebreo  
Patriarcales usanzas  
En la familia, en sí mismos,  
En todas sus circunstancias,  
Como se vé en sus maneras,  
Y hasta en el tráge que gastan;  
Y este es el secreto todo  
Del atractivo que se halla  
En un pueblo degradado  
Por costumbres tan livianas;  
Bien así como él que nace  
Gran señor, en su desgracia  
Aún deja ver lo que ha sido  
A pesar que ya no es nada.

Cuantos hombres han tratado  
Esas gentes musulmanas  
Confiesan el sensualismo,  
Reconocen la ignorancia,  
No niegan el triste atraso  
De tan miserable raza,  
Que aún dice en Constantinópla  
Su impotencia y su jactancia,  
Padron de grande ignominia  
Ante la Europa ilustrada:  
Y con todo, allá en sus usos  
Los palacios y alcazabas,  
Sobre todo en el sistema  
Patriarcal se entusiásmen  
Y hallan encanto tan grande,  
Que sin conocer la causa  
Vienen á ser marroquíes  
Sin saber lo que les pasa;  
Y es que partiendo á carrera  
Donde deben no se paran,  
Y siénten, pero mal juzgan,  
Y empíricamente marchan.

Lo grande del pueblo árabe  
Es su tradicion asiática,  
Rico aroma que trasciende  
Sobre su misma desgracia,  
Sus abusos y sus vicios  
E historia desventurada:  
Es que aún se nos presenta  
A modo de patriarca,  
Y la vida del desierto  
De las arenas de Arabia,  
Lo raro y aventurero  
Lo maravilloso agrada  
Y añade grande misterio  
A todo cuanto se trata;  
Que el misterio es del sublime  
La fuente mas delicada.

Lector, sin este preámbulo  
Saliéra mi tróva mala;  
Llévale, pues, en paciencia  
Como cosa necesaria,  
Y no dirás de mis versos  
Lo que dicen de otras cántigas,  
Que se hicieron sarracénicas  
Queriendo hacerse cristianas.  
Sabes la verdad del caso  
Que me hacia mucha falta.

## III.

### Por qué vá Don Sáncho á África.

Entre las crestas del Atlas  
Y la corriente irritable  
Del gran Estrecho de Hércules,  
Penoso y maligno cauce,  
Pádre del Mediterráneo,

Del Sur de la Europa calle,  
El Império de marruecos  
Tiene asiento memorable  
Por sus indomables hijos  
Por sus sangrientos anales.

Expiraba el siglo doce,  
Fin de las antigüas artes,  
Y gran principio de aquellas  
Que con las Cruzadas nacen,  
Cuando en Féz se coronaba  
Aben-Jucéf formidable.

Al rugir del fiero moro,  
Leon de las soledades  
Del interminable Sahára,  
Retiémblan la tierra y mares  
De terror llenos y espanto,  
Y las temerosas naves  
De aquellos confines huyen  
Incógnitos y salvages.

El Monarca del desierto,  
Jamás turbado en sus planes,  
Se deja caer del Atlas  
Con sus hordas montaraces,  
Y Don Sancho de Navarra,  
Empuñando su estandarte,  
Porque ha visto el horizonte  
Cargado de tempestades,  
Bajando del Pirineo  
Y anegando todo el valle  
Al encuentro de los moros  
Decidido y fiero parte.

Suspensa la España queda  
Segun advierte estrecharse  
La distancia que separa  
A los altivos rivales,  
Y mas cuando en campo raso  
Desesperados combaten;  
Pero, al fin, en regocijo  
Truécase pavor tan grande  
Cuando ven á los infieles  
Dar la vuelta á sus hogares  
Despues de dejar el suelo  
Cubierto de sus cadáveres.

Mala suerte tiene el moro,  
Mala la espera adelante,  
Y Aben-Jucéf observando  
Su estrella fatal, á lo árabe  
La causa indagar pretende  
De tan horribles desastres  
Y propone á toda costa  
Dar con ella á todo trance.

La noche ha cerrado óscura,  
Él cerrado en su corage  
En el algüarin mas hondo  
Taciturno y torvo yace.  
Su puñal buido toma  
Invoca á su negro ángel  
Una, dos y hasta tres veces,  
Hierese, salta la sangre,  
Y mezclada en licor livido  
Que de una alcancia sale,  
Dála fuego, y en un punto  
En llamas bermejas árde.

«Héla aquí», sombrío dijo,  
Y colocándo delante  
De la lámpara un espejo  
De acero luciente, vase  
Y siéntase tembloroso  
Sobre un antigüo almadraque.

La vista al espejo atenta,  
Su horóscopo espera salte,  
Y tal espera impaciente,  
Que el pulso convulso late.

El espacio poco á poco  
Comienza allí á dibujarse,  
Que negras nubes recubren  
Como fantasmas volantes,  
Que ensúcia el humo ascendente  
Que de la lámpara sale.

Mas, yá cesa; yá las nieblas  
Comienzan á disiparse  
Qué empuja, sopla é impele  
Un génio horrible en los aires,  
Y al través algunos ástros  
Se perciben vacilantes.  
Un mundo ya se dibuja  
Sobre un cielo azul y grande,  
Y se vé una limpia atmósfera  
Trasparente y deleitable.  
Las nubes tras de los montes  
Hacinadas derrumbándose,  
Dejan puros los perfíles  
De cúmbres, campos y mares  
Y una fuerte luz de plata  
Se extiende por todas partes.

La estrella del polo sola  
Con las doce consonantes,  
Que la duracion del año  
Entre sí fieles reparten,  
Reluce de tal manera,  
Que las demás por más que hacen  
Ante su luz se oscurecen  
Y acaban por ocultarse.

Crece el ástro, y tanto crece,  
Que apenas pueden mirarle  
Humanos ojos, y menos  
Si son ojos delirantes,  
Y Aben-Jucéf casi ciego  
Vuelve la vista á otra parte.

Entónces un éco escucha  
Que le apellida «cobarde»  
Y fiéro de ansia y de colera  
Por tan infundado ultrage,  
Vuelve al espejo la vista,  
Como un áspid penetrante,  
Y promete mirar fijo  
Siquiera ciégue ó le máten.

La estrella del polo nórtre  
De repente en dós se parte,  
Parando en doble la que era  
Al parecer una grande,  
Y en medio de entrambas ótra  
Se interpone tan radiante,  
Que á entrambas á dos anega  
Con sus copiosos raudales.

Aben-Jucéf siente entónces  
Que Venus es quién tal hace,  
Que no hay ástro que tal ciégue  
Los ojos de los mortales;  
Y en cuanto que aquéso piensa,  
Y en cuanto que aquéso sabe,  
La lámpara de arder cesa,  
Su luz asciende á los aires,  
Y en ellos descolorida  
Vuela un tiempo y se deshace.

El moro escribe una carta  
Que á Don Sancho ha de enviarse  
Pidiéndole venga al África  
Y ofreciéndole las paces.

*Al número siguiente.*

### SECCION 3.<sup>a</sup>

## COSTUMBRES, FILOSOFÍA, CRÍTICA.

### MÍTHOS Ó TRADICIONES DE LA ANTIGÜEDAD.

#### PROCUSTO.

Éra Procusto un famoso salteador del Ática, que habitaba en una profunda gruta, cercana del Cefiso de estrecha y rápida corriente. Aquél facineroso no mataba á los caminantes por robarles; les quitaba la vida porque era loco.

Así que, en el momento que oía los pasos del desventurado transeúnte que procuraba trasponer el horrible desfiladero,

Procusto se presentaba de repente, y con sus hercúleas fuerzas ataba de pies y manos al desgraciado.

En vano eran los sollozos y las súplicas del aprisionado: el saltador jamás tuvo compasión de ninguna de sus víctimas.

Una vez en la gruta Procusto con su presa á la espalda, se dedicaba á preparar la cama de hierro, que tenia en la caverna para su intento. El pasajero era colocado sobre aquel lecho y amarrado de la manera mas espantosa.

El asunto éra que el caminante quedase ajustado perfectamente á la longitud de aquella cama. Si el hombre era más corto que el lecho, inmediatamente se ponía en acción el torno colocado á los pies de aquel tormento, y la víctima era estirada y descoyuntada hasta que fuese igual á la horrible cama: si el desventurado prisionero era más largo que el lecho, entonces se le aserraban las piernas en un instante.

Muerto el pasajero por la una ó la otra operación, se le colgaba en la pared; y Procusto tenia su satisfacción mas grande en ver todos aquellos cadáveres tan perfectamente iguales. Porque era su gran tema la igualdad.

Teseo, es decir, la civilización del país, quitó la vida al bárbaro Procusto.

Esta es la fábula, ó por mejor decir, la alegoría: el significado es, que la sabia Atica, instruida por las leyes de Solón, que se propusieron llevar la inteligencia de los griegos á las ciencias, á las artes, al comercio y á la industria, mató á Procusto, ésto es, á la teoría de Esparta, que se habia dedicado á descoyuntar y á aserrar á los hombres para hacerlos felices. Fáciles son de deducir las consecuencias de la fábula del saltador célebre.

Para hacer iguales á los hombres es menester reducirles á cadáveres.

Es preciso quitarles con la fuerza y la astucia su libre alvedrío.

Hay que convertirse en saltador.

Hay que tener un lecho prevenido por el antojo, sin otra medida que la de la locura.

El saltador há de ser loco.

Es preciso establecerse en despoblado; en un desfiladero; en los sitios mas horribles é intransitables.

El efecto que la alegoría produjo en Esparta se vé bien en la espantosa guerra que inmediatamente provocó.

#### SECCION 4.<sup>a</sup>

### VARIEDADES.

#### VERSOS DISLOCADOS.

*Los del número anterior.*

Pára, si subes; si has llegado, baja,  
Que ascender á rodar es desatino;  
Mas, si subiste, lógra tu camino,  
Pues quién descende de la cúmbre ataja.

*Componéd éstos del mismo autor.*

Todo lo puede sólo es fácil modo;  
Para ser rico despreciar cualquiera;  
Despreciar de poder tenerlo todo,  
Mas nadie há la riqueza lisongera.

Solucion de la charada del número anterior.

**As—trin—gen—te.**

#### CHARADA.

1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

Figúrate, lector, un búque de álto bordo en las costas orientales de la América del Norte. Bája impelido por la corriente polar con dirección al Sur. Del continente inmediato descienden al Océano espantosos raudales de poderosos ríos. Aquellos países, los mas lujosos del órbe, parece que se empeñan en manifestar su rostro mas poderoso é imponente á la humanidad sobrecojida. Ahora bien: aquí se trata de úno de los mayores peligros de ese bajel.

3.<sup>a</sup> y 1.<sup>a</sup>

Es una cosa que se cae más que es menester. ¡Ojalá que sea por buen motivo! porque, materialmente hablando, la verdad es que el asunto tiene poco chiste. ¡Válgame Dios!

3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

En el Escorial las háy buenas; y de tomo y lomo. Y en el Muséo de Pintura. ¡Dios haga que las veámos en todas las cosas, porque hacen muchísima falta!

3.<sup>a</sup> y 3.<sup>a</sup>

Es una cosa que hacia muy bien Don Pedro de Castilla. Ése á quien llamaron justiciero «cá facia muchas justicias.» También hacia lo mismo el maestro mochin de la antigüedad.

2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

Es, segun el Padre Isla, adjetivo que pega perfectamente á muchas cabezas.

4.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>

La órden que recibe todos los dias mi criada.

1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>

Forman el nombre de un páge memorable.

EL TODO.

Obra de chicos; y, para *inter nos*, tambien de gente crecida.

#### Respuestas á preguntas de este periódico.

*¿Cuál es la máquina de la epopeya del siglo decimonono?*

—La sociedad secreta. La explicacion de esta respuesta necesitaria un volumen.

*Los cometas.*

—Aunque nadie lo háya dicho, son los reguladores del movimiento de los ástros. Acuden adonde hacen falta. No háy máquina sin regulador. Y otro tanto son los satélites; bien que tambien sean compensadores. El anillo de Saturno es el compuesto de las ráfagas de innumerables satélites del planeta.

*Los náipes.*

Significan, como dice el actual Sáncho, que el oro y las copas dán amenudo en espadas y bastos.

*La boca que más traga.*

No es el buzón de corréos; sinó la del bajo y ambicioso adulator.

*¿Qué efectos producirán los ferro-carriles?*

La absorcion del pueblo atrasado por el pueblo inteligente. El espíritu de los pueblos siémpre es la conquista. Lá de hoy no es material, sinó intelectual.

#### Problema á resolver.

*¿Cuál es el fenómeno más trascendental que hoy se verifica en España?*

#### Preguntas al que quiera responder.

*¿Es posible la epopeya en el siglo XIX?*

*¿Cuál es la causa de la decadencia de nuestras sociedades de crédito?*

*¿Qué papel corresponde á la España en la sociedad de las naciones europeas?*

*¿Qué es la literatura? ¿Quién es el poeta?*

Céntró de suscripciones en Madrid: la casa del Sr. D. Leocáδιο Lopez, calle del Cármen, núm. 29.

Los Señores del comercio de libros y particulares que deséen números de este periódico dirigirán sus pedidos á la Redaccion, Avellanos, —3-2<sup>o</sup>—Burgos, librando el importe.

Céntró de suscripciones en Burgos, la casa del Sr. D. Timotéo Arnaiz, plaza del Mercado, núm. 17.

REDACCION—BURGOS—Calle de los Avellanos, núm. 3-2.<sup>o</sup>

DIRECTOR Y EDITOR D. José Martínez Rives.

BURGOS: IMPRENTA DE D. T. ARNAIZ, Plaza del Mercado, n.<sup>o</sup>17.